

TERCERA PARTE.

Carácter propio del mundo ha sido, hermanos míos, en todos los siglos rodear y desconocer al mismo tiempo á esas almas generosas y grandes que tienden á mejorar su condicion intelectual y moral, difundiendo las luces, predicando las máximas y presentando los ejemplos que á tan sublime objeto se dirigen. ¿Qué otra cosa nos dicen esas perdurables vicisitudes de la virtud en la tierra, esa condicion oscura y olvidada en que los hombres dejan pasar las vidas mas edificantes, esa ceguedad obstinada con que una ingratitud indomable desconoce y aun combate al bienhechor? Abrid, católicos, las páginas de la historia; repasad los anales de la inocencia y de la virtud; estudiad al mismo tiempo ese movimiento irregular, vário y tumultuoso de las opiniones humanas; y no veréis por todas partes sino la realidad tristísima de la observacion que acabo de haceros.

El mas profundo y sublime de todos los Evangelistas, al tocar el gran misterio de la Encarnacion, y despues de haber consagrado un homenaje á la generacion eterna del Verbo, no pudo hablar de Jesus, sin poner en contraste la inmensidad y poder de su amor con la ceguedad é ingratitud de los hombres. *Estaba en el mundo, dice, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Y esto que sucedió con Jesucristo, hermanos míos, fué ya desde entonces una solemne profecía de lo que habia de acontecer con sus discípulos y sus imitadores en el resto de los siglos. Ellos han tenido siempre una triple mision en la tierra: la de ilustrar al mundo con su doctrina, la de edificar al mundo con el ejemplo. ¿Cuál? la de salvar al mundo, digámoslo así, de los últimos estragos por la oracion y por la penitencia: mision que no dejan de cumplir nunca, sin embargo de los obstáculos que el mismo mundo les presenta, sin embargo de su pasmosa ceguedad, y á pesar de su no interrumpida contradiccion.

Mas estas escuelas de Jesucristo tienen sin la menor duda un derecho que no perecerá jamas, porque está fuera del dominio de las opiniones y traspasa con mucho los límites del tiempo. ¿Cuál? el derecho mismo de la verdad. Nada importa, pues, ó castas esposas de Jesucristo, que el mundo en que vivís deje caer sobre los muros de vuestro retiro sus despreciativas é indiferentes miradas;

nada importa que de continuo suscite mil dudas sobre el rango elevadísimo de estas instituciones venerables y santas, y que nos vuelva una sonrisa irónica y maligna cuando, llamando los institutos monásticos á la gran cuestion de su influjo en la historia de la civilizacion, en el estado de las costumbres y en el porvenir de la sociedad, tratamos de probar su incontestable primacía entre las causas impulsivas de la esperanza y de la ventura de todo el género humano.

Vosotras, hermanas mías, estáis en el mundo, como Jesucristo estuvo; abogáis por el mundo, para que el mundo se salve, como Jesucristo pidió desde la Cruz por sus mismos enemigos; y sin embargo, el mundo no os conoce, y por lo mismo, ya os persigue con su contradiccion, ya os insulta con su desprecio, ya os compadece con su carnalidad, ya os olvida con su indiferencia. ¿Qué importa! El juicio definitivo y severo del mundo aplazado está por la Sabiduría eterna, para ese dia no mui lejano en que han de resonar por todos los espacios, con el eco de una melancólica desesperacion, estas palabras notables: *Insensatos de nosotros, que mirábamos como una especie de locura la vida de estas almas, y las veíamos descender al sepulcro sin gloria: mas he aquí cómo sus nombres han sido inscritos en el registro eterno de la familia escogida, de los hijos de Dios, y cómo sus tronos se han incorporado ya en la ilustre y excelsa categoría de los santos.*¹

¿Qué importan, vuelvo á decir, estas falsas opiniones del siglo, cuando yo, ministro del Altísimo, tengo á mi favor las luces de la fe y sostengo los derechos imprescriptibles de la verdad? En efecto: vosotras, hermanas mías, formáis parte de esa familia selecta esparcida por los retiros de un mundo cuya pasmosa ingratitud é inconcebible ceguedad, no han sido parte á detenerla en su gloriosa carrera de penitencia, de expiacion y de esperanza. Tócame pues predicar oportuna é importunamente, como dice San Pablo, es decir: predicar á los que siempre desean, reciben y aprovechan las verdades evangélicas, y á los que huyen, ó se desentienden, ó se moñan de la doctrina, de los desengaños y del ejemplo.

¿Cómo explicar, católicos, esta ceguedad, esta contradiccion perdurable del mundo? ¿Por qué incomprendible causa se rebela contra la mano que le salva, despues de haber escondido el rostro al esplendor que le ilustra? Porque en el mundo no hai mas, dice el Apóstol San Juan, que "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida,"² es decir: triste pero infalible verdad!

(1) Sap. cap. V, v. 4.—(2) 1 Ep. cap. III, v. 16.

que en el mundo no hai sino elementos de muerte. Es el mundo un enfermo crónico y antiguo, condenado á acariciar perpetuamente su dolor; es un ser inconstante que boga sin cesar entre las ilusiones y los desengaños, que vive siempre alegre al lado de sus verdugos, siempre desasosegado y melancólico en medio de sus libertadores: semejante es el mundo á un grupo de miserables y dementes que, colocados en el fondo de un incendio, del cual no se aperciben, se irritan hasta el furor contra el genio de la caridad que lucha por salvarlos de la muerte.

El sacrificio, hermanos míos, la expiación, la penitencia y la mortificación de los sentidos, fuéron una lei para la humanidad desde que la culpa manchó su celestial origen. Pues bien: la concupiscencia de la carne, es una protesta viva del mundo contra la lei del sacrificio y la vida de la cruz.

¿Queréis saber, católicos, cuál es el peor síntoma que puede presentar la sociedad, tratándose de su situación y de sus esperanzas? Esa indiferencia profunda sobre los caracteres y los derechos de la verdad, esa ligereza con que pasa por todos los objetos que pueden interesar á la moral, ese no interrumpido afán por las impresiones fugaces y nuevas que, encadenándola hácia los frágiles objetos, la precipita insensiblemente en una corriente encantada que la arrastra por último al abismo. He aquí lo que hacia prorumpir al Profeta de los dolores en amargas quejas sobre la suerte de Jerusalem: he aquí por qué todo lo vió perdido, desde que, pasando la vista por la reina de las ciudades, no halló entre sus habitantes ni uno solo que entrara en sí mismo, ni uno solo que se ocupara en el estudio de la verdad, ni uno solo que llamara su entendimiento y su corazón á las profundas meditaciones de la lei. *Nullus est qui recogitet corde.* Tal es el segundo carácter del mundo, ese espíritu inquieto, fugaz y vano, ese espíritu de curiosidad tan profundamente desviado por el espíritu de Dios, bajo el nombre de concupiscencia de los ojos: *concupiscentia oculorum.*

¿Qué mucho, católicos, que el mundo, siempre hundido en el fango de la carnalidad, siempre retraido de las vías del espíritu, siempre adicto á las novedades, á las impresiones pasajeras, siempre curioso y nunca prudente, haya pretendido regirlo todo por sus máximas, avasallar todo á su dominio, sin reconocer mas luz que su razón, mas moral que su interés, ni otra felicidad que sus infames deleites! He aquí el tercer carácter del mundo: *la soberbia de la vida.* Pues bien: la concupiscencia de los ojos acaba con la luz de la

(1) Jerem, esp. XII, v. 11.

verdad, y sin verdad no hai vida racional; la concupiscencia de la carne acaba con la virtud, y sin virtud no hai vida moral; el orgullo de la vida acaba con la esperanza del remedio, y sin esta esperanza no hai porvenir para la felicidad. He aquí por qué el mundo acabaría, no lo dudéis, aun filosóficamente hablando, si no tuviera en su casa, digámoslo así, aunque bajo el carácter de rivales, enemigos, ó seres indiferentes y despreciables, quienes conservasen aun, apesar suyo, los elementos de vida intelectual y moral, los recursos de la esperanza para un porvenir de felicidad.

A medida que en el mundo se desenvuelven y propagan con mayor celeridad la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida, crece mas y mas, aun para la misma sociedad, el interés, la importancia de estos antiguos reservorios de verdad, de virtud y de abnegación, que subsisten sin duda todavía porque aun no es llegada la hora de que el mundo perezca.

Yo considero al mundo, cuando proclamo la excelencia de la vida monástica para él mismo, no como un tribunal que falle en esta grave cuestión, ménos como un objeto que reporte los bienes de la virtud mientras persista en esa triple concupiscencia que le gangrena, ciega y precipita: no, bajo el primer aspecto el mundo está declarado inepto, pues nada puede para la verdad un sér miserable, sentado en las tinieblas, á las sombras de la muerte; bajo el segundo, el mundo está ya juzgado, sentenciado y reprobado. No: yo considero al mundo como una materia bruta, indócil y rebelde, bajo la mano diestra del artista, como una sementera donde crecen juntos la zizaña y el trigo, como un inmenso campo de labor para la acción infatigable del ministerio católico. En este sentido hablo, y hablo con autoridad y esperanza, de la vida religiosa en presencia del mundo.

De ese fondo comun, de esa multitud innumerable donde se vuelven confundidos todos los errores, todas las pasiones y todos los crímenes, saca de tiempo en tiempo el brazo del ministerio cristiano con la red inmensa de su predicación á una multitud de miserables, á quienes convierte luego en preciosas margaritas que adornan el triunfo de la religion, en zelosos hijos de la Iglesia, en adoradores fieles en espíritu y en verdad. He aquí la razón por qué el mundo nos ocupa sin cesar á los ministros de la palabra de Dios. El mundo está ciego, pero es capaz de recibir alguna luz; el mundo es carnal, pero es accesible también, por lo ménos en parte, á las ilustraciones del espíritu; el mundo es orgulloso y soberbio, pero de su seno han salido á veces penitentes insignes que han ilustrado con su vida los fastos de la humildad cristiana. Pues bien, hermanos míos: si los

intereses de la sociedad son inseparables de la verdad y del bien, nada mas importante para ella que un orden de instituciones donde solo se trata de perfeccionar el espíritu y santificar el corazón. Llamando pues á mi asunto este orden de ideas, infero de lo dicho, que el mundo reporta una triple ventaja en la conservacion é incremento del estado religioso, por los ejemplos que este le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

El tierno espectáculo de una vírgen que en el periodo mas florido de su existencia, viene á esconder para siempre en estas inaccesibles soledades todos los encantos de la hermosura, todas las gracias del sexo, todas las cualidades del espíritu y las prendas mas felices del corazón; que obedeciendo al estímulo irresistible de una fuerza desconocida y misteriosa, se despide con un santo alboroso del siglo y sus promesas, del mundo y sus ilusiones, y hasta de los objetos mas queridos; que obediente al precepto de su vocacion, deja á su padre y á su madre, abandona para siempre el dulce asilo donde corrieron los dias de su infancia, sustrae para siempre su cuerpo hasta de los sentimientos mas licitos, para consagrarle exclusivamente á Dios en el perdurable cultivo de la mas bella de todas las virtudes: he aquí, señores, lo que esos miserables idólatras del mundo no pueden ver con tranquilidad, ni detenerse á considerar atentamente, sino para desesperarse ó convertirse. Esta vida religiosa, presente y ausente al mismo tiempo á los hijos de Babilonia, es una solemne y sublime voz, que raras veces vuelve á su retiro de donde parte, sin traer consigo algunas alarmas, algunos suspiros, algunos pensamientos y algunas esperanzas de conversion y de penitencia.

Por muchos y variados que sean los placeres, por franco y libre que se muestre el espacio al tumultuoso y frenético movimiento de las pasiones, nunca faltan al corazón del mundano algunos instantes felices de soledad y remordimiento. Tiempos hai en que la justicia eterna del Dios vivo, semejante al trueno que se propaga por las alturas, visita con la plaga y la tribulacion á las ciudades delincuentes: estos son los momentos en que las dudas vienen á reemplazar en el recinto de la voluntad á la vana confianza de los pecadores, en que las ideas de la muerte se cruzan por todas partes, y en que ya no son tan indiferentes las miradas que el mundo deja caer sobre estos asilos respetables de penitencia y oracion: son estos los instantes en que la tribulacion y los desastres públicos dejan mil recursos confiados á la fidelidad de los futuros recuerdos, y en que la vida mortificada se anticipa, digámoslo así, sus defensores y sus testigos en el corazón de aquellos que duermen sin inquietud y sin zozobra, rendidos á los deleites, el sueño de las pasiones.

Estos son, católicos, los lances en que el heroísmo de las virtudes, personificándose todo en la vida y en la accion de esas almas á quienes el mundo desprecia, comienza por las conquistas de la admiracion, y acaba felizmente por las conquistas de la caridad. ¡Sublime poder del ejemplo! Resístese á la elocuencia y al poder de la conviccion; pero con dificultad se expedita el alma del influjo permanente de la virtud encadenándolo todo con su accion misteriosa y su fuerza oculta de insinuacion y de poder! ¡Qué bello es para mí recordar aquí, que la grande obra de la propagacion evangélica no debe ménos que á los discursos de los Doctores á la vida oculta de los anacoretas y á la cuchilla levantada que por espacio de tres siglos segaba la garganta de los mártires! Hai algo de superior, de mas elevado y sublime en los cuadros de las virtudes que en la fuerza de las persuasiones; y he aquí por qué, considerando estas venerables instituciones como una protesta viva contra los desórdenes del mundo, reconozco en el poder de sus ejemplos un elemento feliz de restauracion, una causa perenne de metamorfosis morales, una fuente inagotable de remedios para el corazón que desfallece y se consume bajo el doble influjo de la carne y de la sangre; en suma, católicos: el único adversario que puede contender ventajosamente contra la concupiscencia de la carne, primer atributo distintivo de los mundanos.

Cuando concurren, católicos, en una situacion moral esas grandes crisis de la vida humana, en que el mundo mismo parece conjurarse contra los suyos, con los terribles azotes del cielo que llevan la consternacion á todas partes, el alma se ve mui cerca del sepulcro para que pueda distraerse mas de la grave cuestion de sus postrimeros destinos. Entónces entra en sí misma, abre con inquietud el libro de sus memorias, registra los fastos de sus placeres, y no viendo en ellos sino una galería de sepulcros, pronuncia contra la insensatez de su vida un fallo mui favorable á la vida de estas vírgenes consagradas á la penitencia.

¡Ah! En estas circunstancias tan solemnes para el alma, la penitencia reasume sus derechos todos á la admiracion y al respeto de los mundanos. La tribulacion y la muerte, pasando la revista de todos los corazones, hacen caer de los ojos el deplorable velo, y el arrepentimiento se insinúa, digámoslo así, en medio de la consternacion general. Todos los prestigios, todas las ilusiones, todas las excusas del alma delincuente desaparecen ante la imágen siempre venerable de la virtud mortificada y pacífica, austera y feliz, despreciada de los mundanos é inscrita en el registro eterno de los escogidos. Insensiblemente empiezan á desvanecerse las seducto-

ras imágenes, á cambiarse en amargura el sabor del deleite, á experimentar la terrible desazon del pecado, las espinas del remordimiento y los nobles á par que santos estímulos de la piedad. Así es, ¡ó Dios mío! cómo, haciendo coincidir en un punto los castigos que distribuís en vuestra misericordia con los ejemplos constantes que conserváis en vuestra providencia, preparáis las mudanzas del corazón, y multiplicáis en el seno mismo de Babilonia las conquistas de vuestra gracia con la conversión de los pecadores! De este modo, católicos, el ejemplo constante de estas almas retiradas es una protesta viva y permanente contra el desórden de las pasiones, y una piscina de salud para la humanidad contaminada con el crimen, y un depósito de esperanzas contra esos agentes depravados que luchan por corromper y arruinar enteramente la sociedad. Pero no lo he dicho todo: esta se interesa en la conservación de esos institutos venerables tanto por los ejemplos que la estimulan, como por los desengaños que la ilustran, mueven y deciden en favor de la moral y de la virtud.

Os he hablado con el apóstol San Juan de la concupiscencia de los ojos, como de un segundo carácter del mundo, de un elemento de error, de fascinación y de esterminio; os he manifestado cómo esta concupiscencia está personificada en el múltiplo indiferentismo que de un golpe produce todas las muertes en la triste humanidad, y por lo mismo, debo hablaros del único antídoto que puede aplicársela con buen éxito, de esta vida de fe y religiosa esperanza que habla á la razón y á la voluntad con experiencias y desengaños.

El mundo siempre hipócrita, hermanos míos, afecta, bien lo sabéis, una imposibilidad absoluta de ser convencido cuando se trata de estos sacrificios heroicos, de esta abnegación perpetua, de esta espontánea y aun dulce consagración de ciertas almas á la vida de la Cruz; pero en la realidad nunca descansa, y ha menester en cierto modo de renovar sin cesar las impresiones fugitivas que le entretienen y alhagan, para no abandonarse á los ímpetus de su propio espíritu. ¡Ah! los que han tenido la dicha de abandonarle después de haberle seguido, nos dan un testimonio brillante, un argumento personal contra el mismo mundo. Yo recuerdo, católicos, la vida de tantos penitentes ilustres, que habiendo dado al mundo y á los placeres las primicias de su existencia, cedieron por fin á la luz de un santo desengaño. Ellos nos han conservado la historia fugitiva de sus primeros sentimientos, para darnos una prueba incontestable del poder de los desengaños y de la mentira de esa paz y contento que afecta el mundo en el seno de sus ilusiones.

No nos causemos: el mundo es impotente contra la desazon, el remordimiento y el vacío que dejan sus placeres. ¡Cuántas veces una tregua, un repentino abandono de los amigos, un golpe adverso de la fortuna, un accidente casual, una inspiración del momento, han hecho caer la venda de los ojos, ó los bellos colores del cuadro encantado! ¡Cuántas veces esos mismos que mas desdeñosos se muestran respecto de estas instituciones, han lanzado en secreto un suspiro hácia la paz que reina en estos asilos de la oración! ¡Cuántas resoluciones habrán engendrado estos retiros misteriosos en corazones delincuentes! Un pasaje de San Pablo, en que condena las locas alegrías del mundo, convirtió al grande Agustino; la muda voz de un libro místico trasladó desde los combates heroicos hasta las soledades de la penitencia al Padre de la Compañía de Jesús! ¡Ah! es difícil sustraerse al imperio de un cuadro en que se animan todas las abnegaciones, digámoslo así, para producir todos los desengaños! Ese espíritu inquieto y vago que arrebató constantemente en pos de mil quimeras á los hijos de Babilonia, se fastidia por último, se cansa de goces incompletos y amargos, anhela por hallar algo capaz de fijar constantemente el corazón. Huye el tiempo, y vienen los días en que falta ya el encantado prisma de la infancia, el entusiasmo y la fogosidad de la juventud, en que claudican los cálculos y proyectos de la edad madura, y sobre todo, en que las ideas consiguientes al inevitable término de todas las cosas humanas ocupan mas frecuentemente la razón y empiezan á difundir sus alarmas sobre la voluntad. El hombre entonces apela á sus recuerdos, y sus recuerdos le abandonan; busca sensaciones agradables, y las sensaciones agradables han sufrido una prodigiosa disminución; quiere impresiones fugaces, pero estas han perdido sus prestigios. Entre tanto, los años vuelan, los vínculos de la vida se disuelven ó debilitan, la adversidad se adelanta, la fortuna huye, las pasiones ajenas comienzan á descargar sus golpes, y las experiencias depuran el criterio, para demostrar que no hai virtud en el centro de las relaciones mundanas, ni paz verdadera fuera de la virtud. Entonces el hombre, colocado entre los sepuleros y los claustros, ve por una parte la historia de los placeres, y descubre por otra el código de las esperanzas. Huye de las tumbas... y, ¡á dónde?... Infeliz, si indiferente á estas almas que han hecho todos los holocaustos, vaga sin rumbo, sin tiento ni guía por los senderos de la iniquidad!... ¡Cuántos perecerían en el desengaño, si los claustros no abrieran una nueva sociedad á su corazón, reuniéndolos en espíritu con estas almas penitentes desde sus hogares y ocupaciones consiguientes á los otros estados de la vida! He aquí, hermanos

mios, cómo estas soledades augustas, que ordena y distribuye la religión en el seno mismo de la sociedad, la ministran un bien inapreciable ó inaccesible á su poder, el de hacer útiles á la moral y á la eterna ventura los frecuentes y tristes desengaños de mundo.

Pero, aun un resto de atencion: tengo que presentaros mi asunto por el mas bello de sus aspectos, por el de los socorros que suministra para consolar á la mayor parte de los desgraciados, y acelerar en cierto modo, digámoslo así, todos los bienes de la humanidad aun en la tierra.

La sociedad abandona las vias del espíritu; las instituciones religiosas las conservan: la sociedad se retrae de la expiacion y del sacrificio; las instituciones monásticas están especialmente consagradas á una y otro: la sociedad tiende al parecer á cortar sus relaciones con el cielo; estas santas instituciones las mantienen, y fomentan, y afirman de continuo mas y mas con su oracion fervorosa y sus prácticas austeras.

Dirigid, católicos, vuestra vista por todas partes; traed á la comparacion las diferentes épocas de la historia; ved ese movimiento constante de las ciencias, de las letras, de las artes, de las costumbres, de las ideas hácia lo que el mundo llama *positivo*, y calculad en vista de solo esto las esperanzas del género humano. ¿Qué es lo *positivo* para el mundo? En la region de lo especulativo, los objetos puramente naturales, el análisis de la materia, la parte fenomenal del mundo visible; en la region de lo práctico, el desarrollo de los intereses materiales, los espectáculos, los deleites; en suma: todo se refiere la utilidad, y esta se reconcentra en el egoismo de los intereses y de los sentimientos. Los que se acuerdan todavía de esa invisible cadena que liga los mundos, los que se ocupan del espíritu, de su naturaleza y sus destinos, de los dogmas revelados y de los altos misterios de la religion, son apellidados ilusos, ó perseguidos como fanáticos, ó abandonados como extranjeros en una sociedad en que todo es interino, y cuyo destino al parecer es la vida de las transiciones.

Pero, ¿la sociedad puede vivir sin verdades, las costumbres pueden conservarse sin virtud, la virtud existirá sin sacrificio? ¡Ah, católicos! destruid la verdad, y el mundo perecerá para la inteligencia; destruid la virtud, y la moral pública y privada se aniquilarán; acabad con el sacrificio, y la virtud huirá para siempre de la tierra. ¿Dónde está pues la verdad? ¿Acaso donde se estudia el efecto sin atender á su causa? ¿dónde se habla de medios sin atender á los fines? ¿dónde se discurre sobre estos sin los datos de la creacion y de la inmortalidad? No: la verdad no admite ni puede admitir

nunca un cisma entre sus atributos esenciales: cisma inevitable cuando la cadena de su origen y de sus consecuencias está desprendida de su principio, que es un *Dios Criador*, extraviada de su medio, que es un *Dios Salvador*, é inversa de su fin, que es un *Dios Glorificador*.

Murió, hermanos míos, á lo ménos para la civilizacion el gentilismo; pero legando su espíritu á las generaciones subsecuentes, no ha muerto del todo aquel eco que volvia del Calvario á escarnecer la penitencia y el sacrificio, denunciando á la Cruz como uná insignie locura. Sin embargo, esta santa locura llamó á juicio toda la sabiduría del sabio, toda la prudencia del prudente, y sobre las ruinas de una filosofía vana y soberbia levantó la razón del cristianismo para regir con ella los destinos de toda la humanidad. ¿Y desde dónde? No de el centro de las opulentas ciudades, no de entre los ricos salones académicos, no á la faz de brillantes galerías, no al impulso de esa boga que la carne y la sangre consagran á las letras cuando adulan á las pasiones; sino desde los yerros y desiertos, desde los retiros ignorados, bajo el humilde saco de la austeridad, y contrariando las pasiones, y amargando los placeres, y condenando á muerte todas las ideas del mundo. ¿Quién revivió en la sociedad la luz de la inteligencia, y sacó del embrutecimiento y la barbarie á todo el género humano en los siglos de tinieblas? Las instituciones monásticas. ¿Quién metodizó, digámoslo así, la vida cristiana en todas las clases del pueblo, cuando se trataba nada ménos que de regularizar por una práctica bien dirigida todos los medios de perfeccion moral? Las instituciones monásticas. ¿De dónde han salido esas legiones angélicas á dominar con el martirio y la doctrina las bárbaras tribus? De los claústros. ¿De dónde salió ese pensamiento eminentemente heroico de salvar á toda costa á los infelices que yacian entre las cadenas del mas penoso cautiverio? De las instituciones monásticas. ¿Cuya fué la tierna y dulce tarea de aliviar á la sociedad doméstica con la educacion de la infancia? De estas instituciones. ¿A dónde se han convertido y convierten los lamentos de la humanidad atribulada? á estas instituciones. ¿A dónde se ocurre de preferencia para disponer la misericordia en favor de la sociedad cuando ésta gime bajo el terrible azote de la justicia irritada? A esos venerables asilos de piedad, de oracion y de penitencia. Si, católicos: ¡infeliz del mundo mismo sin los claústros! La humanidad atribulada se desesperaria entre el faustoso clamoréo de la filantropía filosófica, si no contara con esas instituciones augustas, erigidas por la lei del sacrificio al alivio de los desgraciados: la oracion privada se iria tal

vez insensiblemente debilitando hasta perderse del todo entre los espectáculos, y los deleites, y el perdurable afán de las pasiones, sin estos retiros permanentes y públicos que incesantemente anuncian á Dios en sus relaciones con nuestros destinos eternos, y practican con el ejemplo la meditacion de su lei como una necesidad imperiosa del espíritu, y la de la oracion constante como una condicion indispensable de gracia y de poder moral, para alcanzar el bien y tocar felizmente á nuestro último fin.

Cuando las instituciones monásticas no fuesen vistas bajo otro aspecto que el de una carrera bien sistemada de virtudes y perfeccion moral; cuando no se considerasen, católicos, sino como un lugar de cita para todos aquellos que vinieran á procurar aquí el arrepentimiento y la esperanza con la abnegacion y el sacrificio; cuando no fueran vistas estas almas fieles sino como nobles y generosos estímulos para resolver á los pecadores en favor de la virtud, é inflamar el corazon de los tibios; cuando solo se tratase de un pueblo selecto, exclusivamente destinado á rodear incesantemente el altar del Dios vivo; esto bastaria, no lo dudéis, para que la sociedad viniese á retocar, digámoslo así, en estos misteriosos recintos su gratitud y su esperanza. Ya veis, católicos, que estos títulos de respeto son de todos los tiempos, y por lo mismo, que nunca pueden perecer los derechos que estas instituciones venerables tienen aún á los homenajes de la sociedad.

Hai mas todavía, ¡triste es decirlo, pero ya no nos es posible engañarnos! la humanidad entera ha recibido en los últimos tiempos una herida profunda y mortal con el indiferentismo religioso y el abandono casi absoluto del espiritualismo. Insensiblemente una especie de gangrena inmoral va corrompiendo por todas partes el mundo de la inteligencia, el sistema de los sentimientos y el cuadro de las costumbres. La impiedad filosófica, derrotada mil veces en el campo de la controversia, del criterio y de la metafísica, se ha venido á refugiar á una hipócrita inercia, á un artificioso desden, que están revelando al mismo tiempo su antigua impotencia, sus presentes designios y sus conquistas futuras. Sustituyendo con los goces el sacrificio, con el egoismo la abnegacion, con la utilidad la justicia, con el interes la virtud, con la materia el espíritu, con lo presente el porvenir, y con el tiempo la eternidad, relegando á la region de los ocios y de los fútiles entretenimientos las graves cuestiones que nacen de las muchas relaciones existentes entre Dios y toda la naturaleza humana, asiéndose otra vez del racionalismo con sus locas pretensiones contra la autoridad de los dogmas, y llamándose tolerante para encubrir sus odios contra el poder de las tradi-

ciones antiguas y la irresistible fuerza de la moral religiosa; todo lo ha invadido, todo lo ha transformado: medita la obra de una reaccion universal, y tiende á darla su plenitud y última consumacion relegando á Dios del cuadro de la naturaleza, al espíritu de los objetos de la razon, á la religion del código de la moral, del sistema de la política, de los principios de las leyes, de las máximas de la conducta, y á la sancion eterna de la lei divina de entre los diques opuestos á los avances del crimen, y los nobles estímulos presentados á la conducta del individuo y á las virtudes sociales.¹

¿Dónde están pues las esperanzas de la humanidad? ¿Dónde los últimos antidotos para salvar á este moribundo inmenso? ¿Dónde las garantías de nuestras esperanzas, para ver sin estremecernos esos tiempos de trastorno y de luto que se apresuran á llegar?² Yo bien

¹ Recomendamos á nuestros lectores el precioso opúsculo del Ilmo. Sr. Segur, que publicó dos años ha en París bajo el título de *La Revolucion*. En esta obra, que ya corre traducida al castellano, y aun reimpressa en México, se encontrará una sábil confirmacion de estos conceptos. Allí se manifiestan á toda luz los caracteres de la revolucion, su origen, su marcha, sus progresos, sus estragos, y su terrible y mal posible término, si la reaccion católica, cuyos esfuerzos hemos admirado en Europa, y especialmente en Italia, Francia é Inglaterra, no logra destruirla ó por lo ménos debilitarla y nulificarla.

² Aunque en el año de 1848, en que fué predicado este Sermon, y aun dos años despues, en que fué publicado, léjos de presentarse en nuestro horizonte político síntomas alarmantes para la República, parecia irse consolidando la paz, las tendencias de la revolucion eran las mismas, y aunque mas tarde, ellas harian aquí lo mismo que en otras partes sus asoladores estragos. Esto nos hacia considerar entónces á nuestro desgraciado país como un moribundo, y sentir ya los pasos de unos tiempos de luto que se apresuraban á llegar. Desgraciadamente nada pudo contenerlos en su fatal carrera: los correctivos fueron de todo punto ineficaces, y no habian pasado seis años sin que el movimiento de Ayudia hiciese al fin á la revolucion enseñorearse de nuestra desgraciada patria.

Comenzóse por cortar las relaciones con Roma, desautorar al clero y despojarle de sus derechos políticos, continuóse con privar á la Iglesia de su propiedad, obligándola forzosamente á vender, y con despojar al clero de su congrua con la simulada é hipócrita abolicion de las obvenciones parroquiales, y concluyése con sancionar una constitucion, que atacando la conciencia de mil maneras, eliminando la religion, declarando la enseñanza libre, en suma: sancionando cuanto se habia hecho, y adelantando mas y mas, la obra no dejaba medio entre su desaparicion ó la ruina mas universal.

¿Quién puede recordar sin espanto la reciente historia y todavía no concluida historia de estos desastres? Templos profanados con el saqueo y la ocupacion en usos indignos, ó destruidos completamente: la impiedad, la blasfemia, la herejía y el sacrilegio en boga por todas partes: la virtud, la fidelidad á Dios, la piedad, escarnecidas, burladas, objeto de la mas horrible persecucion: algunos sacerdotes espirando en el patíbulo, otros gimiendo en las cárceles, ó errantes para huir de la persecucion: los obispos expatriados, las religiosas lanzadas de sus claustros, y sus monasterios des-

sé, católicos, que nunca sería tan grande el trastorno de las ideas y de las máximas, nunca tan absoluta la depravación de los sentimientos, que dejasen de conservarse aún en el centro mismo de la sociedad mas corrompida ciertos restos de inteligencia y de moral: pero, ¿qué son estos recursos contra un mal tan inmenso? ¿qué son los esfuerzos limitados del individualismo contra ese torrente indómito que se desborda sobre todo el género humano? ¿Faltaban, por ventura, almas bien nacidas y mejor conservadas cuando el mundo fué calificado por el Profeta como un cadáver sentado á las sombras de la muerte, para manifestar que no podría salvarse sino bajo el impulso regenerador y salvador de la Cruz? Pues bien, hermanos míos: estas santas y antiguas instituciones del cristianismo, estos coros de vírgenes, estas habitadoras del desierto, que viven en el mundo sin pertenecer á él, que son vistas del mundo al través de un velo trasparente á par que impenetrable; estas almas queridas del Señor, que le saludan con el gorgóo de las aves al anunciarse la aurora, que se le inmolan todos los días sin omitir ningun género de sacrificio, que interrumpen con sus lámparas encendidas las tinieblas de la noche, para que no falten alabanzas al Criador ni aun durante el tiempo consagrado al reposo de la naturaleza; estas familias de Jesucristo, que se ocupan exclusivamente en lo único necesario, mientras casi toda Babilonia está gastando sus fuerzas en todo lo superfluo, que no pueden considerar ni el fenómeno mas indiferente sin sentir la presencia del Dios vivo, mientras el mundo todo parece desdeñarse hasta de pronunciar su nombre; estas esposas de los cantares, que cultivan con esmerada solicitud, como la flor que nace y vive retirada entre los abandonados desiertos, la mas bella de todas las virtudes, mientras allá en el siglo empieza por marchitarse y acaba consumiéndose entre las primeras respiraciones de la juventud: estas vírgenes prudentes que, no queriendo saber sino á Jesucristo crucificado, atesoran la ciencia de los santos, la ciencia del espíritu, la ciencia de Dios, lo que es y lo que será, el principio y el fin, en sus mentes humildes y recogidas: he aquí, cristianos, lo único que puede alentarnos en medio del desconsuelo general que causa en el alma la consideración de un mun-

truidos, los ántes acomodados propietarios reducidos á la pobreza, cuando no á la mendicidad; el órden social destruido, las ideas trastornadas, los principios conculcados; el frenesí, el crimen, la maldad, triunfantes donde quiera: he aquí lo que hemos llorado ya en tan corto tiempo, al hacer esta segunda edición: he aquí los temores convertidos en hechos consumados, y que no sabemos á dónde llegarán, si Dios no confirma la obra de misericordia que parece ha iniciado su Providencia para salvar á México.

do sentado por segunda vez, como decia el Profeta, en las tinieblas y á las sombras de la muerte.

Cediendo, católicos, al grande y tierno interes que me inspira una de las mas augustas y bellas instituciones del cristianismo, no ménos que el acto solemne que acabamos de presenciar en la sagrada inmolation de esta vírgen, he dado tal vez á mi discurso una latitud mayor que la que podia prescribirme la sobriedad oratoria. No me pesa: los grandes asuntos de la moral, á par que los objetos sublimes del culto católico, atraen sin esfuerzo y fijan sin violencia el entendimiento y el corazon. Por otra parte, nuestro siglo nos excusa bastante á los ministros del Santuario de esa especie de niñedad con que insistimos en llamar la atención sobre ciertos puntos de la moral cristiana.

Una profesion religiosa es el magnífico y santo resumen de cuanto pertenece á lo último y mas exquisito de la perfeccion evangélica, es un objeto noble y augusto en sí mismo, excelente á los ojos de Dios, singularmente grato para el corazon de la vírgen que profesa, altamente instructivo y moral para todos aquéllos que viven de la fe. A los ojos de Dios es el estado mas excelente por la universalidad del sacrificio, la exclusiva consagración del alma y la pureza de la víctima. Es preferible bajo todos aspectos para el alma que ha sido privilegiada con la vocación religiosa, por los obstáculos que remueve, por las gracias que atrae, por las virtudes que forma y por los goces espirituales en que inunda. Reune, por último, títulos incontestables á la veneración y al tierno y santo interes de la sociedad misma, por los ejemplos que le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

¡Cuánta razon tenia pues Jesucristo en aplaudir santamente la situación de María, que recogiendo á sus divinos piés sus potencias y sus sentidos, estaba absorta y estática en las altas contemplaciones de su lei, de sus perfecciones, de su doctrina, de sus promesas y de su amor! ¡Felices mil veces estas almas que, habiendo acertado á comprender y á sentir por experiencia propia cuán dulce y suave es el Señor para los que le consagran sin reserva su corazon, han venido desde la primavera de la vida á incorporarse en el número de sus mas íntimos y fieles servidores! A ellas ha sido reservado conocer de una manera mas visible el reino del Señor: ellas tienen el privilegio de las íntimas revelaciones prometidas á los pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegráos pues en el Señor, hermana mia; en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando en la tierra con sus gracias los ado-

radores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir, los misteriosos caminos de la Ciudad Santa; y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva, andaréis tambien por una carrera de triunfos. Las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este vallé de tribulacion, y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalem invisible, os transporte y arrebathe, anticipándoos en cierto modo, cuando todavía no hayais dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.

SERMON

SOBRE LA PAZ.

PREDICADO

EN LA COLEGIATA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

EL 29 DE AGOSTO DE 1860.

*Elegi et sanctificavi locum istum,
ut sit nomen meum ibi, et permaneant
oculi mei et cor meum ibi cunctis
diebus.*

He escogido y he santificado este
lugar, para que esté allí mi nombre,
y estén fijos sobre él mis ojos y mi
corazon en todo tiempo.

II Paral. cap. VII, v. 16.

ESTAS palabras, con que Dios manifestó á Salomon cuán acepta le habia sido la ereccion del antiguo templo de Jerusalem: estas palabras, que históricamente se refieren á este templo, pues con motivo de su dedicacion fueron pronunciadas, tienen sin duda un sentido mas amplio, como todo lo que pertenece á la historia figurativa del pueblo de Israel. Salidas de los labios del mismo Dios, enunciativas de una formal promesa, léjos de limitarse al templo judío, para quedar como sepultadas entre sus ruinas cuando hubiese desaparecido, hacian relacion tambien á otro templo mas grandioso, mas augusto, mas imponente, al templo cristiano, proféticamente representado en la antigua Sinagoga, monumento de toda la religion, esencialmente santo, pues todos los dias es inmolado en su altar el Santo de los santos, casa de Dios por excelencia en la tierra, consagrado por la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, lugar escogido y santificado por Dios mismo para residencia de su nombre, objeto de su vigilancia y centro de su amor: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*